

San Josemaría Escrivá en tiempos de crisis

JAVIER PALOS PEÑARROYA
VICARIO DEL OPUS DEI EN GRANADA Y ANDALUCÍA ORIENTAL

Es preciso sembrar y proclamar el bien, la verdad, a través de las pequeñas y las grandes acciones de la caridad y de la justicia, cada uno en su lugar, aunque haya que ir contra corriente

A medida que se acercaba la fiesta de san Josemaría del 26 de junio, y dada la situación social en que nos encontramos, me ha venido a la cabeza con frecuencia el punto 301 de 'Camino', el libro más universal del Fundador del Opus Dei. Dice así:

«Un secreto.

—Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

—Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana.

—Después... «pax Christi in regno Christi» (la paz de Cristo en el reino de Cristo).

El punto está escrito en el año 1938, cuando todavía España se desangraba en una guerra fratricida. La situación del momento hacía sufrir enormemente al joven sacerdote, que era especialmente sensible para todo lo que entrañara injusticia, atropello o violencia. Poco antes, personas de gran valía, y muy queridas por él, habían sido asesinadas; y le seguían llegando —de un lado y de otro— noticias de situaciones desesperadas y calamitosas.

No era la primera vez que le tocaba de cerca la violencia: cuando estaba estrenando su juventud, llena de inquietudes que le marcarían para siempre, se desencadenó la primera guerra mundial; y la segunda —de un poder destructivo mucho mayor— estaba ya a las puertas cuando san Josemaría redactaba el punto que comentamos.

Podría sacarse la conclusión de que aquella crisis era mucho peor que la que refleja en nuestros

días la prima de riesgo. Pero no precipitemos las conclusiones, porque la crisis actual es dolorosa y no pequeña, y refleja desajustes de fondo muy importantes.

Además, nos equivocáramos si pensáramos que este punto de Camino saca su inspiración de la terrible situación que san Josemaría estaba viviendo. No es así. En el punto no se habla de España, sino del mundo; ni tampoco de guerras, sino de crisis. La mirada no se detiene en lo inmediato: es más amplia y más profunda; viene de más atrás y mira mucho más lejos.

Ante los estados de agitación —y los estados de crisis son siempre estados de agitación—, todo se vuelve epidérmico. Se dispara el desasosiego, la ansiedad, la irritabilidad, y el miedo. Sin embargo, los testimonios de aquella época sobre san Josemaría señalan que el Fundador del Opus Dei irradiaba paz y esperanza en medio de su gran sufrimiento. El desconcierto, que afecta a tantas

personas en esos períodos críticos, quizá no hacía mella en él, porque conocía el «secreto». Un secreto, por otra parte, al alcance de todos: «Un secreto a voces».

Cuando hablaba de santidad, san Josemaría se refería a actitudes muy concretas y corrientes, nunca a resignación. Lo tenía muy experimentado, después de tantos años de acudir a los hospitales y barriadas más pobres de Madrid, movilizándolo a su alrededor a un creciente número de jóvenes. «Querer alcanzar la santidad —dirá en una entrevista de prensa— significa esforzarse, con la gracia de Dios, en vivir la caridad (...). La caridad no es algo abstracto; quiere decir entrega real y total al servicio de Dios y de todos los hombres. (...) La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social... (...) Yo la solidaridad la mido por obras de servicio».

Ante la pregunta de otra periodista sobre si sigue siendo válido el dictamen de estas crisis de santidad, Mons. Javier Echevarría, actual prelado del Opus Dei, ha contestado que «sí, desde luego, sigue siendo válido. Añadiría más: pienso que cada

día se descubre con más claridad la densidad y la verdad de esas palabras. Basta repasar tantos acontecimientos de la actualidad marcados por la violencia, la corrupción o la injusticia. No me refiero sólo a las guerras y al terrorismo internacional. Aludo también a casos que están muy cerca de cada uno de nosotros, que leemos todos los días en las páginas locales de los periódicos. (...) Y no se puede combatir el mal sólo con la amenaza del castigo. Es preciso sembrar y proclamar el bien, la verdad, a través de las peque-



IDEAL

ñas y las grandes acciones de la caridad y de la justicia, cada uno en su lugar, aunque haya que ir contra corriente. Para que abunde la paz en el mundo debe crecer primero la paz en los corazones».

Fue la misma voz de Jesús —que resonaba clara por las ciudades y campos de Palestina— la que llamó a todos los hombres y mujeres a la santidad. Con su venida al mundo ese objetivo, inalcanzable antes, se hacía posible. El 2 de octubre de 1928 san Josemaría experimentó que al Señor le seguía quemando el mismo afán. Lo que vio ese día iluminó ya toda su vida, y la de muchos otros que escucharon de su boca la llamada a la santidad sin salirse de su sitio. Al Señor le bastan unos pocos hombres que busquen decididamente la identificación con El en cada actividad humana, para hacer fermentar toda la masa. Para que la paz se asiente, y la humanidad progrese con alegría y rectitud. Y esto no es una utopía; no es una utopía, sino un desafío.